



Patricio, el pasado miércoles, en la sala de conciertos Búho Real (Madrid). / VÍCTOR SAINZ

Tras años de lucha, el músico publica 'Hollywood', grabado durante los peores momentos de su enfermedad

Patricio aprendió a componer desde el infierno del párkinson

FERNANDO NAVARRO, Madrid
Con un lento movimiento de su mano, Patricio intenta explicar cómo fue la primera vez que sintió que su pie no le respondía: "Caía como un bloque. Había algo raro, pero no sabía qué pasaba". Caminando por Bruselas le llegó la primera señal del párkinson, una enfermedad que tardó mucho tiempo en saber que tenía y que acabaría por llevarle a estar en silla de ruedas y casi a consumir su vida. Sentado en la sala de conciertos Búho Real, en Madrid, Patricio (Bilbao, 40 años) habla de *Hollywood*. Es solo una palabra, un álbum que se publica hoy, Día Mundial del Párkinson, y ha sido grabado en plena lucha contra esta enfermedad. Fue en el Búho Real donde hace más de una década se presentó en directo con su primer disco. Entonces, venía de haber vivido toda su adolescencia en un internado en Ginebra (Suiza). "Allí me aficioné con pasión a la música. Escuchaba sin parar a The Beatles y Bob Dylan e intentaba sacar sus canciones", recuerda. "La música era lo que más me ayudaba porque el primer año fue muy duro. Ahí supe que muchas veces la vida son lentejas".

La vida son lentejas. Usa también esa expresión cuando se refiere a la frustración porque sus dos primeros discos no funcionaban. "Hubo una época en la que no dormía nada. Días enteros. En la cama estaba como una lámpara. Vivía agotado", recuerda. Y, sin embargo, ninguna lenteja, tan pesadas y duras, como las que estaban por venir. A Patricio le salió una buena oportunidad en una

Para hacer el álbum, aprovechó al máximo sus 20 minutos de autonomía al día

"Volví a la esencia, a pasarlo bien", explica el cantante

empresa de *big data* en Bruselas en 2012. Fue allí donde iba a conocer la pesadilla de su enfermedad.

Aquel pie, como un bloque de cemento, fue el primer aviso. Sin embargo, mirado con perspectiva, incluso aquellos trastornos del sueño pudieron también estar relacionados con una enfermedad de muy difícil diagnóstico. Entre 2012 y 2015, el cuerpo de Patricio fallaba. Un día era un pie, otro una mano, el siguiente el otro pie... "La mierda de esta enfermedad es que te recuerda que la tienes todos los minutos". Pero todas las pruebas para descubrirla daban negativas. "Acabé tarado".

Ahora recuerda esos tres años sin tono trágico. Habla con calma de ese "infierno". Cuando la enfermedad le daba un respiro, cogía la bicicleta, hasta que su cuerpo le quitó toda la autonomía y acabó en silla de ruedas. "No estaba tetrapléjico, pero es que más allá de los tres pasos me cansaba como si no pudiera andar". Una doctora descubrió que su párkinson

provenía de una extraña mutación genética, "una lotería macabra", dice. No más de cinco personas lo tienen en Europa.

En 2018, Patricio publicó su tercer disco, *Un rayo me atravesó*, que pudo componer pero apenas presentar en conciertos. Empezó hasta el punto de que no podía cortar un filete. Acabó en casa de sus padres en Bilbao, pero no se derrumbó. "Aprendí a tener constancia", explica.

Para *Hollywood* cambió por completo el proceso creativo. Solo tenía 20 minutos de autonomía total al día: "El momento del pastillazo". Lo aprovechaba trabajando las armonías, cuando necesitaba las dos manos, y cuando perdía el efecto se ponía con las melodías. "Lo tomé como un juego. Esos 20 minutos, iba al turrón. Esa espera era bonita", recuerda.

Grabó *Hollywood* poco antes de la operación pionera a la que se sometió en febrero de 2021. Ahora tiene una "especie de caja de pilas" en el abdomen con dos cables hasta el cerebro, y cada mes se lo regulan por *bluetooth* desde una tableta. "Ahora soy el cantautor biónico". La operación le ha mejorado mucho la vida, y confía en hacer una gira. Patricio cree que hay que despojar a la palabra *Hollywood* de toda parafernalia, volver a la esencia. "Grabando volví a la grandiosa sensación de aquella habitación del internado, cuando después de todo el día me concentraba en mis 20 minutos de música. Esa esencia era pasarlo bien con la música. No quiero perder lo que he encontrado".

UNIVERSOS PARALELOS / DIEGO A. MANRIQUE

La mala fama de João Gilberto

Fueron amigos íntimos y se despidieron casi simultáneamente. El periodista Zuza Homem de Mello murió el 4 de octubre de 2020, con 87 años. Presentador de programas musicales, organizador de conciertos y festivales, era un tipo apasionado: ya jubilado, dedicó el último tramo de su vida a redactar *Amoroso*, pensada como la biografía definitiva del gran João Gilberto. Según la viuda de Zuza, unos días antes había concluido ese trabajo. En realidad, ahora que leemos la versión en español de Libros del Kultrum, se detectan algunos errores (¿gira con un tal Jimi Hendricks?) y surge la sospecha de que tal vez el tomo no estaba rematado.

Podemos entender las reticencias de Zuza sobre cómo acabar el libro: le imaginamos mordiéndose la lengua. Gilberto, que falleció en 2019, con 88 años, rompió con muchos de sus amigos debido a su última pareja, una dama de buena familia llamada Claudia Faissol. Las incursiones de Claudia en la vida profesional de João fueron desastrosas; solo ella pudo lograr que João Marcelo y Bebel Gilberto, sus dos primeros hijos (de diferentes madres), se unieran para obtener la tutela del padre y así gestionar asuntos como la costosa pelea con EMI, multinacional que editó sus decisivos tres primeroselepés. Generoso, por no decir manirroto, João fue desahuciado de su casa y Caetano Veloso tuvo que acudir al rescate.

Una de las obsesiones del biógrafo es diluir la fama de excéntrico que rodeaba a Gilberto: los retrasos en citas y conciertos, las manías con los hoteles, los caprichos gastronómicos, la antipatía por las entrevistas, el odio al aire acondicionado. Todo ello, viene a decir Zuza, es el

pequeño peaje a pagar por el perfeccionismo de João, manifestado en la obstinación por equilibrar el *output* de su voz y su guitarra (podía requerir la presencia de su técnico de sonido favorito, el japonés Kenichiro Kondo, en cualquier sala de conciertos del mundo).

No eran meros atajos. Zuza desmenuza el contenido de cada álbum de Gilberto, incluyendo los hechos en directo, para evidenciar su constante reinención del repertorio básico, tanto en lo instrumental como en lo vocal. Insiste en que João no era exclusivamente un intérprete de bossa nova, aunque esa fuera su puerta hacia la universalidad. Tocaba infinidad de palos anteriores: samba, *samba-canción*, *choro*, *baião*, *marcha*, *frevó*, sin olvidar el bolero, la canción italiana y el pop estadounidense de entreguerras; sus orígenes profesionales están en los grupos corales tipo Os Cariocas o Anjos do Inferno, a cuya evolución se dedican más de 20 páginas.

Amoroso es, cierto, un libro escrito en Brasil para brasileños; se agradecen las notas a pie de página añadidas por el traductor, Antonio Jiménez Morato. Y retrata perfectamente el momento en que un país con complejo de Tercer Mundo logra que el planeta entero siga sus ritmos sinuosos. La bossa, feliz producto del diálogo entre el samba y el *cool jazz*, generó un bum comercial que se tradujo en la dispersión de sus creadores. João Gilberto también vivió ese exilio laboral, con largas temporadas en Estados Unidos y México, aunque terminó reintegrándose a su país, donde no ganó precisamente concursos de popularidad.

Pero siempre tuvo admiradores elocuentes. Como el monje budista Celso Marques, que le sitúa en *Amoroso* como la apoteosis de la brasileñidad; "considero el samba como el toque de tambor de los intereses comunes y el pacto social que convoca y levanta a todas las tribus de la nación brasileña. La batida del samba en la guitarra de João Gilberto, por él inventada y elevada a la sublimación artística, expresa la sacralidad del sentido de pertenecer a la tribu. El arte de João Gilberto es una antorcha que ilumina la parte más digna de lo que somos como nación, pero que acaso nunca lleguemos a alcanzar como país".



Gilberto saca la lengua tras criticar el sonido de la sala donde tocaba en septiembre de 1999. / FOLHAPRESS